

DISCURSO DE DESPEDIDA A LOS RESIDENTES DE LA PROMOCIÓN 2003

Les toca irse, así, sin más. Y a mí me toca despedirlos, sin poder evitar proyectarme más allá, porque en un año viviré las mismas sensaciones.

Se van y nos dejan para empezar una etapa más. Lo que hemos vivido juntos es muy fuerte, es la vida misma en una versión comprimida y acelerada.

La residencia es una empresa cada vez más difícil de alcanzar en nuestro país, pero nos hace médicos de verdad, y nos llena de vivencias ricas. Nos acerca a seres humanos que sufren, con o sin enfermedades. Nos deja muy claro que la enfermedad puede originarse en factores genéticos, metabólicos, infecciosos o traumáticos, pero que también está sumergida en los condicionantes socioeconómicos de la salud. Nos da la oportunidad de aprender de los que todos los días nos enseñan algo, médicos, enfermeras, auxiliares. Nos permite encontrar a quienes mañana llamaremos Maestros y a nuestros pares, residentes y ex residentes, que se convertirán en amigos del alma, no importa donde estén.

Esta residencia del «Privado» parece tener un influjo particular, porque pude conocer, en mi año de internado rotatorio, a otros residentes que ya no están, y algunos que están en otros roles. En aquel momento ellos me integraron de tal manera que no tuve otra idea que estar aquí, en este Hospital. Ahora soy uno más de «tercero».

Hoy los estamos despidiendo a Uds., quienes nos recibieron cuando ingresamos por primera vez a este Hospital Privado de Comunidad y nos ayudaron a insertarnos en esta experiencia fantástica y única. Veníamos de lugares muy diferentes, algunos lejanos, despegándonos de nuestras familias, para llegar a una ciudad desconocida, más ligada a las vacaciones que a una fuente de trabajo. Ustedes fueron los que nos guiaron y nos facilitaron el camino por el laberinto de las salas de internación, los pedidos en las computadoras y el laboratorio. Los que nos llevaron a conocer a los primeros pacientes que tendríamos a cargo, a suturar, y a dar el informe a esa familia difícil. Los que nos advirtieron cuál era el número máximo de albóndigas tolerables para el ser humano la primera vez que agarramos una bandeja en el comedor. No sólo nos enseñaron a auscultar, sino también a escuchar el corazón preocupado del paciente. Vimos como se palpa un abdomen que duele, y cómo dar una caricia reconfortante. Nos mostraron que es necesario conocer el libro de punta a punta o el último artículo, pero también saber cómo

acompañar al paciente y su familia cuando la muerte es inevitable.

Crecimos como profesionales y con la misma seriedad descubrimos las tonadas de cada uno, comimos desde nada a asados pantagruélicos, jugamos a las cartas, al fútbol en la playa, y no existieron diferencias y discusiones que rápidamente no acabaran con un par de mates a las cuatro de la mañana, en las primeras guardias.

Ustedes se convirtieron en nuestras familias durante las primeras fiestas que pasamos lejos de nuestros seres queridos. No importa si fue en el 211 o el 302. Nos escucharon cuando tuvimos dudas o miedos, compartieron alegrías y picardías. Tuvimos casamientos, nacimientos.

Todos los que los despedimos hoy, a quienes represento con gran placer, les damos gracias por lo que nos dieron, por esa parte de ustedes que nos dejan, y por el cariño recibido. Soy un testigo y uno de los depositarios del esfuerzo, dedicación y responsabilidad con que cumplieron su tarea día a día. ¡Cómo con todo esto no los vamos a extrañar! ¡Ya los estamos extrañando!

Para mañana les deseamos todo lo mejor en la vida profesional y personal y con todo lo que recibieron acá, las satisfacciones serán muchas. En los momentos difíciles acuérdense que estamos con ustedes, que esta profesión es la más linda, que tenemos el enorme privilegio de estar para los demás, lo más preparados y fuertes posible.

Finalmente, me gustaría dejarles una frase del grandioso judío, maestro de la Medicina y otras ciencias y artes, Maimónides (Córdoba, España, 1135-1200) que a mediados del 1100 rezaba a su Dios:

«Todopoderoso: hazme humilde en todo, menos en mi ambición de aumentar mis conocimientos, no permitas que despierte en mí la sensación de que ya sé lo suficiente, por el contrario dame más y más conocimientos, para poder aprovecharlos y con ello, acercarme a los que sufren y necesitan ayuda. Así sea».

Fuimos afortunados en descubrir todos nuestros límites juntos y aquí, en este lugar.

De nuevo gracias por todo lo que nos dieron y por su paciencia. Como parte de ello, nos comprometemos a trasladarla a los que nos siguen.

Hasta pronto, Amigos.

Esteban Gándara